

NICOMEDES GUZMÁN

LA PORUÑA *

1

BAJÉ LA ESCALERA con una desazón violenta.

Todo concurría para que me sintiera súbitamente solo. Las grandes alegrías, al igual que las grandes amarguras, le hacen a uno comunicarse con algo tan real que repentinamente nos parece horrendamente irreal. No sabemos qué es lo que es. Pero es una emoción sustantiva que sitúa el alma en una órbita de desconcierto. O quizá de felicidad. O quizá de angustia.

Esto me estaba pasando a mí. Me hallaba desconcertado. Lo que había ocurrido recién en nuestro cuarto poníame esponjada el alma. Y, no obstante, a la vez, una contensión como de sollozo nacido muerto regía el compás de todos mis pulsos.

Encontrábame en el descanso de la escalera, afirmado en la pringosa baranda por la cual tantas veces habíame deslizado de barriga en un juego de chiquillo que no tuvo mejores entretenimientos, cuando:

—¡Y putas los infelices, hasta en el litro de leche le quieren robar a uno!— subió, tronando la voz del tío Bernabé. —¡Si la malura de cuerpo no es para tanto! Uno tiene ojos, también. . . Más de un doble de gollete me estaban cuatrereando los muy sinvergüenzas. . .

Le sonó algo como una multitud de cascabeles roncós en la garganta y levantando la botella vinera llena de leche agarrada con la diestra, me la puso contra la nariz. Y:

—Ya ves, muchacho, ya ves, Enrique, hombre, se disculpan con la espuma —dijo con sorna como para consigo mismo.

*Capítulo Segundo de la novela *Los Trece Meses del Año* (continuación de *La Sangre y la Esperanza*), trabajada en el Primer Taller de Escri-

tores "Los Diez", de la Universidad de Concepción (octubre de 1960-enero de 1961).

Le volvieron a sonar los cascabeles en el gaznate y prosiguió, mientras me propinaba con la siniestra un coscacho filiado por un pequeño fuego de terniza:

—¿Y cómo está mi compadre, Enrique? Voy a ir a verlo al tiro... Ahora voy a ver a mi compadre... ¡Es lindo el viejo de tu padre, muchacho! ¡Más que lo voy a ver ahora mismo!... Me curé anoche... ¿Y qué?... Cada uno se cura como puede... Ahora me arreglo con leche... Me curé... Lo que no hago nunca... Y ligerito tengo que tomar mi servicio... ¡La espuma, la espuma, la espuma!... ¡Miren que la espuma! ¡No digo yo! ¡Si las vacas dan leche también, no sólo espuma!... Ahora sí que voy a ver a mi compadre...

Sentí un gran alivio. Mis pulmones parecían ensancharse. El tío Bernabé ascendió, un poco vacilante, malo del cuerpo, arrugado el uniforme color de nubarrón de otoño con vivos rojos, cantando:

*Yo conocí a Pirraca
metido en una ponchera,
la nariz como frutilla
y el poto como una pera.*

Los versos improvisados se referían a un tal Avendaño, un pariente de Curicó que, a la sazón, estaba allegado en su casa, y a quien él apodó Pirraca con esa chispa de humor sabroso de que estaba dotado, y del cual él solía burlarse con enorme fruición.

Largué la risa casi sin quererlo. Y ahora que el tío Bernabé iba corriendo paulatinamente su propia y balanceante figura en el peldaño último de la escalera, reconstruí su presencia en mis pupilas, mientras él subía, el rostro tocado por la penumbra del recinto y aureolado por la resolana aurífera de la calle. Este rostro, por tener un aire poderoso de picardía, concentraba la entera estampa del tío Bernabé. Rubrojizo, de ojos verdes, llenos de pinceladas amarillas —que a él mismo le despertaron la dicha de decir jocosamente alguna vez: “—Más que tengo los ojos como de color de caca de guagua...”—, los bigotes un poco ralos, las mechas incendiadas bajosaliéndole de la gorra ladeada, sobrellevando a flor de piel sinnúmero de riachuelos cárdenos que se sucedían, cruzándose, reticulando el campo de los pigmentos pecosos hasta someterlos al matiz de las brasas apenas cubiertas de ceniza.

Así le vi subiendo, rostro puro, con su botella de leche en la diestra, con sus tropezantes bototos de guardián y su vestimenta de tranviario acordeonada a fuerza de descuido, y sus protestas, y sus improvisados versos, y los cascabeles de su risa jugosa, que recordaba la so-

najería del hombre que toca el bombo por las calles, junto al organillero y su instrumento taconeado de fados.

Estuve allí unos instantes más, de codo a la baranda.

El sol se metía al túnel de la escalera desde la calle, en oleadas de luz calurosa en que el polvo flotaba en cardúmenes de minúsculos orvallos. Y aquí, en el descanso, este sol se encontraba consigo mismo, y se abrazaba a sí mismo, y se hablaba a sí mismo, en vías de las lumbraradas azulencas de humo que bajaban de la galería, en donde las mujeres trabajaban los pucheros para sus hombres, sus críos y sus gatos.

ACEITE BAU

Oleo Puro

TE RATAMPURO

A mi frente, entre las apolilladas columnillas sobre las que se sostenía el pasamanos opuesto de la escalera, trozos de hojalata que fueran de tarros tapaban hoyos y cuevas de ratas, claveteadas allí por las laboriosas manos del tío Bernabé.

ACEITE BAU

Oleo Puro

TE RATAMPURO

El metal dorado y pintado de variados colores recogía la luz encontrada. Y lo que podía ser penumbra se enardecía en regios visos alternados, en la medida que las gentes pasaran por la calle, frente al portalón de la galería, sombreando la luz o confiriéndole su porción de ancha libertad.

Arriba, todavía se oía cantar:

*Este Pirraca un día
se cazuelió a una vieja
y el cariño que le dio
lo dejó como una teja.*

—Oiga, pariente... oiga... —se oyó una voz como inflada de gorgoritos—. ¡Ya está bueno que la corte conmigo!... Yo pago aquí mi pensión, como el paco Osses y los otros... ¿No es cierto, señora Bertta?... Sí, pues, pariente, no me siga pitorreando...

—¿Y qué más da?... —se oyó la voz del tío Bernabé puesta en tono de falsete— ¡Me interesa el asunto de la leche! ¡Las vacas tienen que dar leche y no espuma!... Ja, ja, ja...

El tío Bernabé venía, indudablemente, del establo cercano, fragante a bostas, a pasto seco, a campiña, con mugidos de vacas y llanterío de terneros.

2

(Se me llenó la cabeza de ruido de collares metálicos, sosteniendo bajo las barras, como en un cepo, los cogotes de las bestias abrumadas de prisión y de ojos lacustres, y un montón de hocicos de vacunos párvulos se me apareció empujando otro montón de ubres exangües bregando por la conquista del "apoyo". Los pobres hocicos lo mismo se quedaban anhelantes cuando las grandes bolsas lácteas anunciaban su última porción de la mañana. Y un concierto quejumbroso de tímidos y ateridos sollozos, que estaban aprendiendo a ser mugidos sin rebeldía, parecía provocar la indolencia del hombre en su rapiña. En medio de ese mundo, junto a unos hombres fornidos, se hallaba una mujer alta de cuerpo, alta de pechos, alta de frente, alta de ojos, altanera, blanca, de una blancura infinita, de cabellera inmensa, de marejada, peinada en dos anchas bandas. Le sentaba, encima de la cabeza, la partidura del sombrío pelo, que era como un delgado y recto camino albo partiendo tibiamente un lomaje de lisos carbones.

—¿Quieres leche? —me preguntó en voz baja, ondulada de una calentura tónica, mientras una tiniebla espesa que advertí en sus ojos se corría lo mismo que un cortinaje, y dejaba, a la luz tenue del establo recién amanecido, un poderío de pupilas llenas de no sé qué rescoldos sin cenizas.

"¿Quieres leche?". Descendían o ascendían hasta mi alma las calientes palabras. Y abracé, no podría explicar por qué, a toda mirada, a entera mirada, a penetrante mirada, la alta hermosura de sus pechos, escondidos bajo una percala que era como un jardín por la profusión de flores que la adornaban.

—Sí, quiero un litro de leche. . .

Allí había otras mujeres a las cuales pude haber mirado. Pero, no. Yo la miraba a ella, lo mismo que como había oído sus palabras. "¿Quieres leche?".

En el recinto oloroso a campo, había entonces mucho frío. Algunos borrachos iban allí a arreglar el cuerpo con leche fresca, al pie de la vaca, a la cual aplicaban sus buenas y fragantes porciones de aguardiente. Había mucho frío, entonces.

Y entonces le pasé la botella a la mujer. No. No era una botella.

Era una cacerola enlozada. El efervescer de la espuma láctea fue como un ronroneo de gato nuevo. Mis narices atraparon la fragancia de la leche, no oliéndola, sino atrapándola, como atraparía una mano, o una garra, una garra de hombre que tuviera garra.

¿Por qué se me volcó la cacerola? El espeso líquido se desparramó cubriendo toda una pequeña área de briznas de pastos secos, que lucían como rastros sobre el piso encementado.

—¡Ay, por Dios, qué muchacho torpe! —dijo la mujer y se golpeó la cara.

Sus palabras eran el anticipo de los reproches y la azotaina que habría de suministrarme Laura, mi madre. Se me arrancaron los pucheros de los labios. No podía juntar los labios. “Mamá, mamá, mamá”, decían los terneros, arrastrados encima del guano fresco por hombres y cordeles.

El llanto me comenzaba a madurar, duro y prieto, como una espiga en enero. No decía nada. Sólo los pucheros de labios estaban allí, poniendo valla a las lágrimas malhadadas que una fuerza animal venía empujando hasta mis párpados.

—¡Mi hijito tonto y lesol!— decía ahora la voz de la mujer, rumorosa como la espuma de la leche. —¡Pasa esa olla, tontino! . . .

Había frío, entonces, en aquella neblinosa mañana de junio. Un frío aterridor, dotado de no sé qué suerte de agujas. Frío de invierno con escarcha masacotuda, de espejo ciego, en la cual el sol quiere reflejarse inútilmente. La mano de la mujer, fue áspera y caliente, áspera de una aspereza tierna, y caliente de un calor tierno, cuando me acarició una mejilla en los instantes en que le pasaba la cacerola. Sentí, gracias a la aspereza y al calor, no sé qué temblor ardoroso, igual que la mano. Y de nuevo el rumor de la espuma de la leche, que ha estado siempre enraizado a mi vida en filiales vínculos con el olor del pan recién salido del horno.

Recibí la cacerola casi colmada de leche, de leche robada a los terneros, de líquido sonoro birlado a la vida completa de los seres que no hablan, que apenas balan, que apenas dicen su melancolía hambrienta, que apenas están aprendiendo a mugir de un modo especial para que no se les sorprendan sus rebeldías.

Y me sentí ternero cuando la mujer se inclinó sobre mí. Y mi hocico de niño hubiera golpeado allí, empujando aquellas tetas de hembra en pie entero, en busca de ese “apoyo” que es la esencia de las ubres.

—¡Gracias, señora! . . .

Salí, temblando, como aterido. Se escurría la leche por entre los

bordes y la tapa de la cacerola. Me dolían tiernamente —me dolerían por mucho tiempo y dulcemente— las crenchas de la mujer en el rostro, me dolían de una picazón cariñosa, porque, cuando se agachó, junto a su par de pechos, sus bandas de cabellera espesa, abrazaron y abrasaron mi cara amorriñada, sin pucheros de labios y, a cuyo fondo, eso que se llama gratitud era una dispersión de plumas de liviana plata. A mi espalda:

—¡Ya, pues, señorita Adelaidal... —requería una voz mohosa de mujer— ¡Déme ese litro de “apoyo”!

“Señorita Adelaida”).

3

Sí. “Señorita Adelaida”. Sí. Y Adelaida decía ahora el tío Bernabé, con su voz ya no alcohólica, sino láctea.

—La Adelaida, claro... La Adelaida... Y claro, se disculpan con la espuma... La espuma, caramba, no arregla el cuerpo... La Adelaida... El carnicero Joaquín, ¡pobre chino!, pica con la Adelaida... Y los del establo le dan en el queso y también se la comen... Y son unos jeta de baberos...

Lanzó al aire los cascabeles desordenados de sus carcajadas. En seguida cantó:

*En el fondo de la mar
se lamentaba un delfín:
—¡A la Adelaida la pica
uno llamado Joaquín...”.*

Me precipité a saltos escalera abajo, acaso de nuevo revuelta el alma. Tocaba el último peldaño, cuando en el marco de la puerta se hizo presente Mara. Me detuve. Se detuvo. Ella se sorbió los mocos. Vestía una percalilla de manga corta, manchada y hedionda. Calzaba unos zapatos raspados, abiertos en las puntas, de color indefinible, como de tierra o de ladrillo. Las chascas negras le caían encima de la frente y establecían una tupida reja de pelos y liendres ante sus ojos. Entre los pelos y los huevos de piojos, estaban y brillaban sus pupilas verdes, salpicadas como de briznas de alfalfa nueva, pícaras y retadoras. Portaba un libro de misa casi enteramente desguañangado, entre las manos de dedos largos y sucios comidos por los sabañones y rondados por las moscas debido quizá a qué menjurge almibarado que pringaba la piel. Sus uñas estaban como taconeadas de hollín y de uno de sus dedos se prendía un velo blanco, deshilado, afrentoso de lino o seda destruidos.

Intenté continuar a paso abierto hasta la calle. Mas, en el centro de lo que pudiera ser el zaguán de la galería, Mara se plantificó frente a mí. Y:

—El caballero era de punta en blanco por ahí... ¿no? —me dijo, altanera, animada por extraños mohines aprendidos seguramente a las actrices cinescas. —Sí, de punta en blanco, pero anoche me dijo *tonta*...

Volteó la cabeza. Me miró de frente, por entre los pelos, con todo el brillo de sus ojos parecidos a pequeñas perillas de viejos catres. Se sorbió de nuevo la nariz. Y trató de empujarme, con las manos unidas, teniendo entre ellas el libro sebiendo, falto de muchas páginas, y el velo percutido, privado de las más vitales de sus cadenetas.

—¿De dónde sacaste eso de "punta en blanco"? —le dije con rabia.

—De donde tú quieras —respondió airosa. —¡Una aprende cosas por ahí! —prosiguió con soberbia, haciendo sonar, como un volantín chupete presionado por el viento, las aletas de la nariz.

—No seas tonta, Mara... —dije, ya tranquilo— Déjame pasar, tonta...

—Me dices de nuevo tonta... —protestó, toda entera ojos— Más que te escupo— y frunció los labios.

—¡Tonta!... —repetí. —¡Claro que eres una tonta! ¡Déjame pasar!...

Se tragó la saliva. Le sonaron los huesos del cuello. Se hizo a un lado. Saltó unos tramos de la escalera. Se volvió. Y:

—¡Anda a cantarle a tu abuela!... —gritó, colérica— ¡Anda a cantarle a tu abuela que está allí, al lado, pidiendo limosna!...

Como muchas otras veces, me dio la espalda, se levantó las breves polleritas y me mostró el traste, apenas cubierto por unos calzones de tocuyo, rotos y parchados, parchados y rotos.

—¡Anda a limpiarte los mocos!... —le grité, airado una vez más.

Desde el descanso de la escalera, después de trepar como una gallina perseguida algunos otros tramos, me mostró de nuevo sus nalgas flacuchentas, tan poco protegidas por el tocuyo pulguedado, de botones de concha de perla sosteniéndolos apenas a las caderillas incipientes.

4

Mara había logrado realmente, y de nuevo, revolverme el alma. La revoltura alternada del alma parece ser una ley de la vida.

Salté a la acera, lleno como de una bulla de quebrazón de platos bajo las costillas. Y era cierto. Allí, a unos cuantos pasos, estaba mi

abuela. ¡Mi abuela! Mirarla y sentir que era como alguno de esos eucaliptos que se balanceaban al frente, tras las barandas de hierros herrumbrosos que protegían los recintos tapiados del canal y las calaminas pintadas de verde resquebrajado que hacían deslinde al depósito de tranvías, era como una lumbrarada instantánea. Su rostro de antigua campesina y de vieja lavandera estaba esculpido como en vibrante materia vegetal ya seca, con corteza y todo, caído, pujante todavía de agostadas savias, y por su superficie podía hacerse una caminata de manos, sin que importara que los dedos se despeñaran a ciertas abruptas quebradas abiertas a penetrante puñal por la embestida de los años. Unas lanas, que pudieran ser de ovejas celestiales por lo blancas, se torcían en la cumbre de su cabeza temblequeante, y había algo de moho en su inmaculada serenidad, puesto que el moño tenía mucho de tímida coloración cobriza. Descendiendo desde estas lanas por la escala vertical de la frente, llenas de pliegues que eran los peldaños, y bajo el socaire de las cejas herrumbrosas, se situaban los lagos cansados de las pupilas, verdes de primaveras, jugosos de veranos, mustios de otoños, plumizos de inviernos: apacibles y a la vez violentos de quizá cuantos años, llenos de tempestades ya bronceadas. Sentada en su silleta de colihue que se apega a la muralla, si se la miraba de abajo, no eran los pies los que se apreciaban: el palo que fuera de escoba, y que ella usaba de bastón, con una punta de clavo en el extremo y que suponíase como la prolongación de sus manos, golpeando el suelo con el sonsonete de las patas de los perros cuando se rascan sus pulgas, cobraba su parcela primordial en los predios mustios del cuerpo de mi abuela.

La miré hondamente. Y casi se me acaba la rabia.

Los eucaliptos, siempre tan reverentes, golpeaban con sus efluvios las oleadas del aire en ya caluroso trajín. Pululaban los lustrabotas por aquí y por allá. Iban y venían los maquinistas, cobradoras y cobradores, entrando y saliendo por los portones del depósito de tranvías. Hacia el último portón, se enfurruñaba el canal de enfrente, atajado por las alambradas, antes de meterse bajo las casas, en su avance hacia Lourdes y la Quinta Normal. Los gorriones atravesaban el aire lo mismo que piedras enfermas de alharaca. Los vagos le daban a las chapitas y las monedas eran una suerte de fuegos artificiales en el corazón de la brisa. La sonajera de los pregones ensordecía. El chillido de los colores, enceguecía. La densidad de los olores, enardecía.

Todo estaba unido en un matojo de sensaciones en que los pregones pudieran ser los colores y los olores, o los olores y los colores, los pregones.

“Anda a cantarle a tu abuela”.

¿Qué iba a cantarle yo a mi abuela? Esta, palo en mano, le daba a la tierra apisonada, aportillándola como si el extremo inferior de su bastón fuera el pico de una gallina. Tenía unas venas caudalosas en el dorso de las manos, moradas, parecidas a delgadas longanizas. Y estas manos que parecían mucho más viejas que mi propia abuela, se arrancaban como queriendo imposiblemente volar, como retenidas por la pesadumbre de las venas y del palo, y acaso el vuelo tumultuoso y dicharachero de los gorriones le fueran como una burla de libertad a esas manos.

—¿Por qué no se corta las uñas, abuelita? —le había dicho yo alguna vez! Las tiene tan largas las uñas y más mugrientas. . .

—¡Chiquillo insolente, métete en tus cosas! —me había hablado ella, duramente, con voz y con ojos.

—¡De veras, madre! —había exclamado Laura, la mujer de Guillermo Quilodrán, es decir, mi mamá—. ¡Hay que cortarle las uñas, pero usted no quiere!

—¡Ya me quieres retar, hija! —se puso a sollozar mi abuela, los ojos lagrimeantes, no de pena, sino de nervios, de obcecación, de testarudez, de vejez cansada y cruda—. ¡Que ni las uñas le dejen tranquilas a una, todo porque no se vale sola, ay, Señor! . . . ¿Por qué no me moriré, mejor, ay, Dios! ¿Por qué no estará mi hija Ninfa aquí, Señor! . . . Tan buena ella, no me molestaría.

La tía Ninfa estaba por la zona de Aconcagua, en un pueblo llamado Curimón, en las inmediaciones de San Felipe, y de por allí le enviaba, a lo lejos, a mi abuela, unos frasquitos de “Esencia Maravillosa” para las alteraciones del corazón.

Laura movió dolorosamente la cabeza.

—¡Esta mi madre! —exclamó con desoladora tristeza, arrancándole las hojas secas a una lechuga.

Se le humedecieron los ojos. Y si no hubiese sido lechuga la que deshojaba, yo hubiera pensado que estaba picando cebollas.

“Anda a cantarle a tu abuela”.

Sí.

Allí estaba mi abuela. Y su silleta, apegada a la muralla de zócalo alquitranado para precaverla de la meada de los perros, de cal descascarada hacia arriba. de febles pero nobles tabiques de palos derechos y de adobes sujetos entre raleadas y mohosas rejas de alambre.

Sentada la señora. Y su temblor permanente. Y su palo. Y su hermosa cabeza de cuero arrugado y coronado de lanas blancas, sobresaliente la barbilla danzante, hendidos los labios, que también tenían su

especial conducta de baile, cautelosas las pupilas, tal vez un poco ladinas, tal vez un poco melancólicas, atestadas de bruma... Y sus manos, más veteranas que ella misma, forjadas por el tiempo como a dentelladas.

Me enardecí, me sulfuró, me concentró en ira una de esas manos, cuando soltó el palo grasoso, y se alargó, como una vieja y gastada poruña profundizando en un saco de frejoles, danzando sí en el aire, toda vacilante, con sus uñas largas y sucias, para recibir una moneda tan pequeña, pero en esos momentos tan monstruosamente inmensa, tan espantosamente infinita, tan tristemente quemante para mí.

La mujer dadivosa se fue con su carga de verdura. Mi abuela apuñazó su pequeñísima carga metálica. Yo me quedé con mi tremenda carga de rebeldía y de infortunio.

Pude decir, acercándome a mi abuela, lentamente, como un gato montés exasperado y en acecho:

—¡Siempre con las mismas, abuelita! —casi llorando, como mordiendo— ¿No le da vergüenza, abuelita?

—¡Ya vienes con tus leseras, mi hijito! —me reconvino dulcemente—. ¡Cómo tú ganas tus pesitos quieres que esta vieja rechace lo que le dan, ¿no? —concluyó, casi socarrona.

—Tiene su comida en la casa, abuelita... ¡Qué necesidad tiene de estirar la mano!...

—Este muchacho —habló ella, y los garbanzos de las lágrimas se le comenzaron a deshacer encima de unas manchas de la blusa café.

—¡Voy a decirle a mi mamá!... —dije, conteniendo la rabia, mirando a todos los que se conmisaban a nuestro alrededor—. ¡Le diré a mi mamá y a mi papá también!...

—¡Acúsame, si quieres, chiquillo ingrato y perro! —exclamó mi abuela, enarbolando en combate directo con su parálisis, la cabeza que pretendía ser airosa—. ¡Si quieres te regalo la moneda, para que veas!

Era el colmo. ¿Se burlaba de mí, en medio de su llanto?

—¡Guarde su limosna, abuelita! —le chillé—. ¡Guarde su moneda y partamos para la pieza!... ¿No le da vergüenza?

Por entre el largo sembrío de garbanzos cristalinos que se le derrumbaban desde los ojos, zigzagueando por encima de las hondonadas de la piel, ella sonrió. Sonreía tan pocas veces, que hasta me dolió su sonrisa.

—¡Ni el sol le dejan tomar tranquila a una! —habló con trémulos acordes de voz que me recordaron los sonidos del armonio de la iglesia de Andacollo.

—No me voy, no me voy, Enrique, no me voy...

Y como yo la cogiera de la diestra, alzó a pausas el bastón. Ahora, casi me reí.

—¡Vamos, abuelita! —le dije, tratando de ser piadoso. ¡Usted no va a limosnear más, ¿oyó?... ¡Si supiera mi papá!...

—¡Ay, Señor! —sollozó mi abuela—, cuándo me llevará Dios! ¡Déjame tomar otro poquitito de sol!

“Déjame tomar otro poquitito de sol”. Asimismo había dicho, doiente y acongojada, en otros tiempos no lejanos, sentándose en un escaño a la orilla de un vergel del Parque Cousiño, frente al paradero de tranvías, en las inmediaciones del Panorama de la Batalla de Maipo y la bella y caprichosa laguna artificial.

“Déjame tomar otro poquitito de sol”.

Ella, entonces, no estaba aún en nuestra casa, y se alojaba en una de las piezas que le proporcionaba Lorenzo, un sobrino de cierta edad, más allá de Rondizzoni, detrás del Parque Cousiño. De súbito llegaba hasta nosotros, cualquiera tarde, sin que nadie nos la anunciara. Se hallaba enferma ya. Y yo no podía explicarme cómo se batía para desplazarse hasta nuestro barrio, considerada su parálisis bastante avanzada.

—Tienes que ir dejar a tu abuelita —me hablaba mi madre apenas regresaba de la escuela.

—Bueno, mamá.

No me agradaba mucho la idea de ir a dejar a mi abuela. Me enfurruñaba, pero había que obedecer. Le temblaba a la caminata a pie entre la pérgola de Santo Domingo y la Plaza de Armas. Era aquí, en este tramo, donde mi abuela, después que descendíamos del tranvía número cinco, Yungay-Mercado, me situaba en los más horripilantes aprietos. Lo que ocurría era que, paralítica ella, desahorada su diestra y arrastrado el paso, y guiándola yo a manera de lazarillo, no éramos otra cosa que una pareja de limosneros, si no haraposos, un poco sordidos y con todo el clima auestas como para despertar la piedad de los piadosos. Luego, quien más quien menos, fueren hombres, mujeres y hasta chiquillos empingorotados —faltaban los perros—, le alargaban a mi abuela su chaucha, o su diez, o su cinco...

—No reciba plata por el camino, madre... —le había rogado Laura, mi mamá.

—A usted, señora, no le falta para mantenerse... —le había reconvenido mi padre, metiendo la mano en un bolsillo y pasándole algunos cobres, que ella, toda silenciosa y temblorosa, se echaba a una faltriquera de su delantal café, color de la Virgen del Carmen, divina pa-

trona a la cual estaba afiliado su espíritu por una promesa antigua y para siempre.

—Abuelita, por favor, no reciba más plata... —le suplicaba a mi vez, yo, que era el humillado directo—. ¡Si no somos limosneros, abuelita!

Ella torcía la barbilla, como despreciativa. Sus ojos derramaban un caudal de arvejas vidriosas y salobres. Dejaba caer fuera de los labios una lengua rosada y batiente como la de una perra que ha corrido mucho; o que hubiera sido perseguida prolongada y apasionadamente por alguna de esas "levas" caninas que nunca faltan por las apacibles campiñas de Dios. Y se quedaba a la expectativa, llena de interrogaciones, como si no hubiese oído. Me constaba que el mejor sentido suyo era el auditivo, pues, cuando se trataba de atravesar una calle, era ella la que me guiaba, parando las orejas inteligentes, también como una perra. Sin embargo, ante las reconvenciones, ella parecía reducir al *mínimum* la resonancia de sus hábiles tímpanos.

Me quemaban como medallas al rojo en los sentimientos las monedas que ella iba recibiendo. Estas no producían en su mano aporugada ese siniestro sonido que es como el tic-tac de la miseria y que arrancan a los tarritos medicantes las monedas de los dadivosos. Pero, reconstruir el silencioso estruendo del infierno que producían sobre las rasgaduras añosas de sus palmas las pequeñas rodelas metálicas que ella recibía, el brazo arrugado y danzante, y el eco que de este estruendo recogía en mi alma, en mi cuerpo, en mis sentidos, es algo endemoniado.

Respiraba como el ángel más viejo de los cielos en los instantes en que nos instalábamos en el tranvía del recorrido Parque-Plaza de Armas.

¡Qué hermosos pulmones! ¡Qué anchos pulmones! ¡Qué poderosos e infinitos pulmones, inflados de lontananzas y de cielos puede poseer un niño en ciertos instantes! Como un hombre después de una gran conquista. Como un toro o un potro metido en un potrero verde de pasto jugoso con legiones de hermosas vacas o lozanas yeguas.

Mi abuela pagaba un diez en primera, si es que no la llevaban gratis, lo que era lo más probable. Y yo, un cinco por viajar entre los barrotes del imperial, haciendo gimnasia espontánea con mis pobres pulmones, después de haber ascendido por la escalera semicircular, de peldaños metálicos, como espejos a costa del sobajeo de los millares de suelas de zapatos.

Catedral. Plazuela Santa Ana. San Martín. Alameda. Castro. Blanco Encalada. Escuela Militar. Arsenales de Guerra. Y ya estaban los hermosos portalones del Parque Cousiño, dejándose penetrar por el

entusiasta galope del armatoste azul con facha de paraguas, bajo cuyos toldos y a fuerza de aire permanentemente libertado y miradas entrañables a todos los sucederes de los ámbitos iba yo desechando el sinsabor de cualquier negro momento, acariciado por las ramas de los pimientos centenarios, que se hallaban siempre batiendo al viento sus apretados racimos, como de uvas, de livianos corales. El olor amablemente picante de la resina de los pimientos, se sumaba a la fragancia que tenía la transpiración de los eucaliptos y a mi alegría gozada en cima y sima de mi alma. Y era entonces un poco triste, descender del tranvía y convertirme de nuevo en lazarillo, allí frente al restaurante del Parque, más allá del Panorama de la Batalla de Maipo y en las inmediaciones de la laguna.

—¡Déjame tomar otro poquito de sol, Enriquito! ¡Déjame, ¿quieres? No seas cruel con tu pobre abuela.

—¡Véngame ahora, abuelita, con Enriquito y tu pobre abuela!

5

Así como guiaba entonces, en un antaño próximo, a la madre de mi madre, me dispuse a guiarla ahora. Había que interferir la facilidad con que estiraba su vieja mano trabajadora, de campesina y de lavandera, de mujer paridora y estoica, que había dejado a su hija, a Laura, una herencia de abnegación y de vientre prolífico.

Pocas eran mis energías para sostener las flácidas carnes y los pétreos huesos de mi abuela. Pero, un jugador de chapitas se acercó con magníficos ánimos para ayudarme, y Sebastián, el muchacho que pesaba en el almacén los cereales, fue arreando con la silleta de colihue.

Diez lágrimas, más o menos, diez lágrimas de mi abuela por pedazo, y llegamos arriba.

—¡Gracias! —dije al hombre de las chapitas y le di un coscacho cariñoso a Sebastián.

Mi madre se acercaba a nuestra puerta con un gran tiesto colmado de ropa recién lavada.

—¿Qué pasó, hijo? —indagó, alarmada.

—¡Nada pasó!... —exclamé, guiando a mi abuela hacia el interior de la pieza— ¡Mi abuelita parece que no está bien!

Sin embargo, sonó en la faltriquera de mi abuela la música de unas monedas.

—¡Ah, ya sé! —suspiró mi madre—. ¡Esta señora, caramba, tan testaruda! ¡No la dejo más salir a tomar el sol, caramba!... ¡Esta madre

que tengo!... —terminó doliéndose, mientras colocaba en una silla el tiesto con las prendas recién estrujadas.

Los sollozos de mi abuela fueron mordidos por la profundidad iluminada de nuestro cuarto.

La galería y su fila de piezas y cocinas se extendía, como en retaguardia, salpicada de mujeres y chiquillos, perro y gatos, en un envoltorio azulenco y dorado, como sutil pellejo celestial, blanco y matizado de trapos colgantes que exhibían la intimidad sórdida de cada habitante. Había un olor como a naranja recién pelada, que se confundía con la fetidez de las chinches que reventaban, cocidas, bajo el imperio del agua hirviente que, por allí, arrojaban en las ranuras de los sommieres algunos precavidos.

De su departamento, salió corriendo el tío Bernabé:

—¡Ya no tengo tiempo para ver a mi compadre! —gritaba. ¡Voy a tomar mi servicio!...

—¡Que tomes tu servicio, no más!... —le reconvino, asomando por el quicio su cabeza de corvina, doña Berta, la mujer.

—El caballerito de punta en blanco... ¡El caballerito de punta en blanco!... —dijo Mara, apartando a su madre, y saliendo lentamente, sin ánimos de seguir a su padre, que taconeaba escalera abajo, oronda y provocativa, fijándome sus ojos que envolvían como trozo de arpillera.

No le dije nada. Ni me molestó. Y ya no iba a jugar a la rayuela. Las campanas de Andacollo tenían un sonido como de brisa entre tupidas hojambres.

—¡Enrique!...

Mi padre me llamaba. Entré. Mi abuela lloraba en su silleta. Mi madre apartaba la ropa del tiesto. Mi abuela lloraba en su silleta, tiritando. Elena, silenciosa, ordenaba su cama, lleno el vientre de vida nueva. Mi abuela lloraba en su silleta, temblando. Mi hermano menor le daba al suelo recién regado con un martillo. Mi abuela lloraba, firme el palo en su diestra danzante, rígido el palo que hería el tablaje del suelo hasta astillarlo, hasta mostrar la pulpa roja del roble.

—¿Qué papá?

—¡Nada, hijo! —habló el hombre acercándose a la ventana—. ¡Te oí hablar y te llamé, nada más!...

Y ya no fui a jugar a la rayuela.